

1917, CIEN AÑOS DESPUÉS. AURORA, CÉNIT Y OCASO DEL COMUNISMO RUSO

José Antonio Vidal Castaño
Doctor en Historia y Escritor

Resumen: La revolución bolchevique de 1917 cambió radicalmente el rumbo de la vida en buena parte del planeta, a expensas de la Gran Guerra europea y la determinación de sus dirigentes. El artículo narra los acontecimientos y las fases de este experimento sociopolítico y cultural que ha durado setenta años. Cien años después, pretende reabrir la reflexión, contando con el impacto que produjo en la política y las ideas en España y su influencia en la historia del presente.

Palabras clave: Revolución, hombre nuevo, bolchevismo, comunismo, trotskismo, socialismo real, gulag.

1917, one hundred years later. Dawn, zenith and decline of Russian communism

Abstract: The Bolshevik revolution of 1917 radically changed the direction of life in a large part of the planet, at the expense of the Great European War and the determination of its leaders. The article narrates the events and phases of this sociopolitical and cultural experiment that has lasted seventy years. One hundred years later, it intends to reopen the reflection, counting with the impact that it produced on politics and ideas in Spain, and his influence on the history of the present.

Key words: Revolution, new man, bolshevism, communism, Trotskyism, real socialism, gulag.

Lo que sigue se propone, a través de una visión sintética y a un siglo de distancia, examinar lo ocurrido en el antiguo imperio de los zares en torno a la llamada revolución bolchevique de octubre de 1917; el asentamiento y desarrollo del poder soviético y el comunismo en la URSS hasta su declive y hundimiento poco después de la caída del muro de Berlín en 1989. Por otro lado promover la reflexión y el debate críticos en torno a tan complejo experimento sociopolítico, incluida su influencia en determinados momentos de la historia de la España del siglo XX.

El trabajo se estructura en torno al contexto de la toma del poder por los soviets bajo control del P. C. Bolchevique; a las claves de la ‘revolución popular’ de febrero y el golpe de estado de noviembre de 1917; al caos provocado por la Gran Guerra europea que los hizo posible; a la guerra civil rusa como

Data de recepció: 7 de desembre de 2017 / Data d'acceptació: 29 de gener de 2018.

forjadora del poder soviético frente a sus enemigos; a la necesidad de subrayar los periodos del “Gran Terror”, la “Colectivización” y el “Gulag”, como los más sangrientos escenarios, paralelos a la Guerra Fría; a las circunstancias, en suma, que expandieron el dogma soviético hasta lugares bien apartados.

¿Hemos clarificado y debatido lo suficiente acerca de los significados de estos acontecimientos? ¿Hemos reflexionado, desde una visión global y de conjunto, acerca de sus vertiginosos ascenso y caída o sobre la complejidad de sus facetas ideológico-culturales?

En *El fin del “Homo sovieticus”*, Svetlana Aleksíevich afirma que: “El comunismo se propuso la insensatez de transformar al hombre ‘antiguo’, al viejo Adán. Y lo consiguió (...). En setenta y pocos años el laboratorio del marxismo-leninismo creó un singular tipo de hombre: el ‘*Homo sovieticus...*’” (Aleksíevich, 2015, 9) que, –añado– poco o nada tiene que ver con la promesa del “hombre nuevo” que durante tiempo alimentó tanto utopías populares como intelectuales y revolucionarias.

RUSIA A PARTIR DE 1904

En esta época, la mayoría de los estudiosos de la historia del Imperio Ruso destacan que era el mayor de toda la Tierra. Se extendía por tres continentes: desde Alaska en América hasta la Europa oriental, abarcando gran parte de Asia. Entre sus posesiones europeas casi la mitad de las tierras de Polonia, territorios en el Cáucaso y los Balcanes, en Finlandia y los países bálticos. En el siglo XIX el Imperio de los zares era ya gigantesco; la quinta economía mundial. Solo la Gran Bretaña con su Commonwealth, la Unión Francesa y el Imperio Alemán, le superaban en rango militar.

El estado zarista en los albores del siglo XX era un estado *plurinacional*. Es decir, albergaba en su seno distintas razas o etnias (eslavos, húngaros, fineses, caucasianos, tártaros, chechenos, mongoles, uzbekos, ucranios, siberianos y otros). La unidad política tan solo se mantenía por medio de la lealtad al Zar, considerado *Bien Supremo y Padrecito* de “todas las Rusias”. Una unidad política que tenía mucho de fe religiosa basada en la deificación de los Romanov (dinastía dirigente desde el siglo XVII) a modo de los faraones egipcios o de los césares romanos. Tampoco existía unidad religiosa puesto que había: polacos ortodoxos y polacos católicos, lituanos católicos, estonios y letonios luteranos; budistas, mahometanos, judíos e incluso paganos. A destacar la poderosa influencia de la Iglesia Ortodoxa Rusa entre las masas campesinas de las principales nacionalidades.

Los historiadores han señalado que el principal problema del zarismo era, pese a esta diversidad, la cuestión laboral y alimentaria, es decir, generar trabajo y, por ende, sustento para su ingente y desnutrida población, y no, por ejemplo, la cuestión nacional. El nacionalismo ruso se mantuvo poco activo hasta tiempos de Stalin quien aceleró la rusificación como palanca y escudo políticos. Los principales problemas surgían entre las grandes masas de campesinos pobres o *mujiks* y los *kulaks* o pequeños propietarios. También preocupaba la consolidación de sindicatos o uniones obreras en las fábricas de ciudades como Petrogrado, Moscú, Kiev, Tula o Bakú pues aumentaba el riesgo de que canalizaran el descontento; en estas y otras urbes crecía la influencia de los partidos de oposición. Otro problema en ascenso era la desafección de parte de la oficialidad del ejército y de los soldados movilizados masivamente como carne de cañón en los frentes de la Gran Guerra europea de 1914.

Gobernado el Imperio desde la tiranía y la autocracia, un elevado porcentaje de su población se veía sometido a unas condiciones de vida y trabajo similares a la esclavitud. Los zares permitieron a la nobleza terrateniente y empresarios afines utilizar la crueldad extrema hacia campesinos y obreros vindicativos. Ya en el siglo XVIII tuvo lugar un fuerte levantamiento campesino dirigido por el *populista* Pugachov. En 1825 los *decembristas* (un grupo de oficiales radicalizados) se sublevaron en algunas ciudades siendo violentamente reprimidos. En el seno de la *intelligentsia* rusa, autores como Herzen, Turgueniev y Tolstoi, sin participación activa, apoyaron estos movimientos.

El levantamiento de 1860, dirigido de nuevo por los *narodniki* o populistas, “traducción carente de sentido aunque ampliamente aceptada” según Edward H. Carr, quien en el capítulo, “Raíces de la Revolución” en *De Napoleón a Stalin* (Carr, 1983, 267-268) los consideraba un “movimiento cargado de contradicciones (...) al mismo tiempo inútil y práctico, sacrificado y desorganizado, generoso y violento”, pero que: “dominaron la escena durante la década de 1870 (...) y que (...) por primera vez, representaban un movimiento revolucionario exclusivamente ruso [eslavófilo], asimilando lo occidental para adaptarlo a lo nacional”. Más tarde derivó hacia la metodología anarquista para atentar contra la vida del Zar. Uno de los movimientos más activos fue el organizado en torno a “Tierra y Libertad”, nombre también utilizado en la España de los 30 por una milicia anarcosindicalista. Bakunin, su “nombre mágico”, Kropotkin y el jacobino Tkachov, así como los nihilistas, divulgaron ideas y metodologías populistas, algunas de las cuales fueron recogidos por Vladimir I. Ulianov, “Lenin” en su folleto *¿Qué hacer?* (Lenin, 1902). El hermano mayor del futuro dirigente de la revolución fue condenado y ejecutado (ahorcado) por órdenes del zar como cabecilla del movimiento social-populista. Lenin fue el líder indiscutible de los bolcheviques y su voluntad determinante para conducir

el proceso revolucionario, con influencias jacobinas de la revolución francesa y del marxismo alemán.

En 1861, el zar Alejandro II abolió el régimen de servidumbre. Las contradicciones eran el sino, en aquella Rusia de finales del siglo XIX, según afirman estas líneas de *La Revolución rusa*: "...la máquina de vapor y el telégrafo habían convertido la autocracia zarista en un anacronismo completo. Sin embargo las instituciones políticas y sociales resisten y sobreviven mucho tiempo, después de haber desaparecido la razón de su existencia (...). El Estado ruso era la negación de la democracia; ahora bien, no se podía introducir la democracia sin permitir (...) que el capitalismo se desarrollase" (Hill, 1969, 23).

EL DOMINGO SANGRIENTO

El secular malestar social entre los campesinos (el 80% de la población) se acentuó en los tiempos de Nicolás II (1894-1917). El año 1905 anticipó lo que sería 1917. El levantamiento popular abarcó diversos frentes y se extendió por diversos lugares del imperio, amenazando seriamente a los Romanov. Las reformas abordadas por su gobierno, en particular por el ministro V. Stolypin (1906) con sus políticas agrarias que "aceleraron el proceso de disolución (...) de la sociedad comunal" (Hill, 1969, 95) sin paliar la tendencia subversiva de las masas campesinas ni de las minorías obreras. Las capas medias, que habían crecido considerablemente, disponían de salarios precarios y los de los obreros eran miserables, los más bajos, con mucho, de toda Europa. Solo funcionarios de rango y hacendados cercanos a los distintos gobiernos disfrutaban de ciertos privilegios y nivel de vida comparables a los de Europa. La nobleza, ya empobrecida, se refugiaba en el campo.

El domingo 9 de enero de 1905, cerca de 200.000 campesinos llegados desde diversos puntos de Rusia reclamaron pan y trabajo en una concentración en Petrogrado ante el Palacio de Invierno. A su frente se encontraba el abate Yuri Gapón. La manifestación fue disuelta a tiros por los cosacos del zar, que cargaron dejando centenares de muertos y heridos. La policía secreta, la OJRANA, detuvo a numerosos dirigentes sociales y políticos. Algunos fueron condenados a muerte y ejecutados, y otros deportados a Siberia o confinados en prisiones como la de la isla Sajalín.¹ También en 1905, los ejércitos rusos fueron vencidos en su guerra con el Japón, perdiendo la mayoría de su flota del Báltico y Pacífico.

¹ Cercana al Japón, en el Pacífico norte, era una inhóspita isla rusa con una colonia penitenciaria que atrajo la atención de Antón Chéjov, quien en 1895 publicó un libro muy censurado, como base para su tesis doctoral; tesis que no sería aceptada. Lo que consiguió es firmar el primer gran reportaje denuncia de aquella cloaca. Ver: A. Chéjov (2005), *La isla de Sajalín*, Barcelona, Alba.

La pobreza y miseria existentes, las hambrunas, las muertes provocadas por epidemias infectocontagiosas, etc., estaban presentes en las temáticas literarias de escritores como, Nikolai Gogol, León Tolstoi, Antón P. Chéjov, F. Dostoievski, Máximo Gorki o Iván Bunin... Los zares vivían ajenos a la población y sus demandas. Aparecían en público tratados como dioses. Los aristócratas hablaban francés entre ellos para imitar el refinamiento europeo según modelos franceses, ingleses y alemanes. Este alejamiento se tradujo en nuevos levantamientos y malestares sociales. La fe en el Zar se había erosionado. Se impuso la necesidad de poner en marcha mecanismos como la Duma de Estado o Asamblea de representantes del pueblo, creada en 1906 con sus réplicas en los municipios. Con dos cámaras estaba formada tan solo por varones adultos y carecía de poder legislativo. Se sucedieron hasta cuatro Dumas (el zar podía disolverlas y convocarlas) sin que se lograra paliar el descontento. Contribuyeron, no obstante, a consolidar a los partidos de oposición, que tendrían cada vez más influencia en las decisiones políticas: el Partido Obrero Social Demócrata Ruso (POSDR), que se dividiría más tarde en dos fracciones: bolcheviques y mencheviques, el Partido Socialista Revolucionario (PSR), el Partido Demócrata o Cadete, el Partido Liberal y otros grupos de tendencias centristas. Al tiempo, en las principales fábricas y ciudades se formaron Consejos o *Soviets*, compuestos por diputados representantes de los obreros, a los que más tarde se unirían los diputados representantes de los soldados e incluso de los campesinos. Seguían funcionando, entre otras organizaciones de carácter institucional o de cuerpo, los “sindicatos profesionales” organizados por ramas y los “comités de empresa”; también los *zemtvos* o “consejos rurales” bajo control de la oligarquía terrateniente que perdieron influencia al dejar de ocuparse de la instrucción pública para hacerlo del avituallamiento de tropas... (Reed, 1977, 20-249), según explicó John Reed en su emocionante e inmortal crónica *Diez días que estremecieron el mundo*.

Los partidos se radicalizaron, sobre todo la fracción bolchevique del POSDR dirigida por Lenin, Lev Trotski, Zinoviev, Kaménev, Alexandra Kollontai, Radek, Nadezhda Krúpskaya y Martov. Este último, al romper con Lenin, encabezaría a los mencheviques. Los bolcheviques llegaron a plantear, sin que –en principio– fuera apoyado por la mayoría, la necesidad de derrocar a los Romanov mediante la violencia revolucionaria e implantar una dictadura transitoria para avanzar hacia una sociedad igualitaria. Las clases medias urbanas habían cobrado en este tiempo cada vez mayor importancia y Rusia contaba ya con un buen número de estudiantes universitarios que comenzaron a movilizarse.

De la efervescencia de aquel ambiente, donde se mezclaban ideología revolucionaria y locuacidad callejera, nos dan idea estos párrafos: “Conferencias, controversias, discursos en los teatros, círculos, escuelas, clubs, salas de los

Soviets, locales sindicales, cuarteles... Mítines en las trincheras del frente, en las plazuelas aldeanas, en los patios de las fábricas. ¡Qué asombroso espectáculo ofrece la fábrica Putilov cuando de sus muros salen en compacto torrente cuarenta mil obreros para oír a los socialdemócratas, eseristas, anarquistas, a quien sea...!” (Reed, 1977, 439). Y la guerra, como contexto desolador, *naturalmente*, no era ajena, en absoluto, a todo ello.

LA “GRAN GUERRA” EUROPEA

Entre 1914 y 1918 se agudizaron todas estas contradicciones con el estallido de la Gran Guerra europea, llamada más tarde Primera Guerra Mundial, en la que el imperio de los zares se alió con Francia, Gran Bretaña, Italia y los EEUU, frente a los Imperios: Alemán, Austro-húngaro y Japonés, a los que se unieron Turquía y Bulgaria. Esta guerra hizo posible –a través de inmensos desastres militares y civiles–, la Revolución en Rusia, cuando este país no cumplía ninguna de las condiciones económicas y socio-culturales que teóricos y expertos en el marxismo y en el capitalismo, consideraban precisas. Era un país inmenso y atrasado; escasamente industrializado y con una aplastante mayoría campesina.

A consecuencia de la guerra, los ejércitos rusos, derrotados, precipitaron los acontecimientos. Unidades militares enteras se negaron a obedecer órdenes de sus oficiales y se ponían, con sus armas, a disposición de los soviets. Las estructuras de poder de un imperio milenario comenzaron a zozobrar. El Zar tuvo que abdicar tras la llamada revolución de febrero (marzo) de 1917 dando paso a una República Democrática. Su máxima representación y responsabilidad de gobierno estaría en la Duma.

Sin embargo, esta situación duró poco ya que el Gobierno Provisional –que ostentaba el poder ejecutivo–, presidido primero por el príncipe Lvov (liberal) y luego por el socialista moderado Alexander Kerensky, fue barrido por la revolución bolchevique. Kerensky, gran orador y avezado político tenía la mayoría, pero cometió el error –entre otros– de nombrar jefe del Ejército al general Kornilov, quien no solo prosiguió la guerra contra Alemania sino que amenazó con disolver la Duma mediante un alzamiento militar que no llegó a producirse. El gobierno Kerensky reprimió también violentamente las crecientes protestas populares, obreras y campesinas.

Lo que se produjo entonces, el 7 de noviembre, del calendario occidental –en un día “húmedo y frío” (Reed, 1977, 98)– fue un golpe de estado dirigido por los bolcheviques. Una revolución armada de baja intensidad (no más de 7 muertos y decenas de heridos) como resultado del asalto, por el Soviet de

Petrogrado, al Palacio de Invierno, donde residía Kerensky, quien huyó al exilio. De hecho ya desde febrero de 1917 existía un doble poder: el de la Duma, por un lado, y el de los Soviets, ubicados en las principales ciudades y centros de trabajo (fábricas, minas, cuarteles...) por el otro.

Los bolcheviques decidieron poner fin a la República Democrática y firmar la paz con los ejércitos alemanes, cediendo incluso territorios en Ucrania y otros lugares, para cumplir el “deseo mayoritario de la población” dejando a un lado la guerra para reconstruir el país bajo un nuevo estado. En realidad, asegurada la paz (tratado de Brest-Litovsk), los bolcheviques instauraron *la dictadura del proletariado*, un régimen totalitario, de partido único, que derivó progresivamente hacia el terror y la represión para mantenerse en el poder. El tratado, firmado el 3 de marzo de 1918 detuvo el avance alemán, pero fue motivo de controversia política en las filas bolcheviques, como lo pone de relieve la magnífica síntesis *La revolución rusa de Lenin a Stalin 1917-1929*. Nos dice el autor que Trotski consideró el acuerdo humillante, que Lenin, quien se opuso también a Bujarin, “lo llegaría a ver como inevitable”, pese a considerarlo “vergonzoso” por la pérdida de Ucrania y otros territorios, lo que le obligó a presentar su dimisión como Comisario para Asuntos Exteriores. No obstante, “por su sentido de la realidad”, el líder bolchevique contaba con que todo ello contribuiría a reforzar el poder soviético, como así fue (Carr, 1996, 22-23). Pero, veamos algunos detalles sobre la toma del poder bolchevique en Petrogrado:

La señal para el asalto del 25 de octubre en el calendario juliano ruso o el 7 de noviembre en el calendario occidental, fue el cañonazo lanzado por el crucero *Aurora* desde el río Nevá. Lenin, que había teorizado, promovido y ordenado estas decisiones no estaba en Rusia. Catherine Merridale ha explicado con todo detalle en su libro *El tren de Lenin* los avatares que le llevaron, desde su exilio en Zurich, atravesando Alemania en ferrocarril tras un acuerdo con agentes del Gobierno germano (mediante intermediarios), hasta el mar, para luego, tomar otro tren desde Malmo (Suecia) a Petrogrado (estación de Finlandia). El tren, por cierto, llegó con retraso, lo que no impidió a los bolcheviques, siguiendo las leninistas *Tesis de abril*, hacerse dueños de la situación, sacando óptimos frutos de su consigna: “¡Todo el poder para los soviets!”.

La autora nos pone al corriente de detalles relevantes como el carisma y la determinación de Lenin pese a la “maldad personal” y el “narcisismo” de los que le acusaba Martov, incidiendo en la polémica sobre la influencia del ‘oro alemán’, tanto en la financiación de este viaje, como en otros aspectos políticos. “No cabe duda –señala– de que Alemania invertía dinero en Rusia” (Merridale, 2017, 84-85). Escribe acerca de Parvus, Fürstenberg y otros intermediarios..., así como de las sospechas británicas sobre la relación entre “el dinero alemán (...) y los disturbios en Rusia” (Merridale, 2017, 245); sobre los “dos mil rublos”

que aceptó Lenin para el viaje y otros “ochocientos para Zinoviev” (Merridale, 2017, 265).

Pero todo ello, aunque fuera “lamentable”, resultaba “irrelevante” para el líder ruso. Como diría Trotski: “Lenin se aprovechó de los cálculos de Ludendorff para ponerlos al servicio de los suyos propios” (Merridale, 2017, 269).

La autora británica en la coda final del libro asegura que Lenin desempeñó “el papel de Robespierre” (...) “tenía que ponerse por encima de la gente del montón (...) en el instrumento ideal de la Historia (...), un hombre nuevo, incorruptible y libre de pecado (...)”. En la vida real combinaba esos “ideales insostenibles, con la laboriosidad de un maestro de escuela”, pero mintió acerca de los fondos alemanes –concluye– liberando a 150 millones de personas de la tiranía zarista para someterlos a “una élite política despiadada” (Merridale, 2017, 269).

¿Qué habría sido de este vertiginoso proceso y de sus consecuencias políticas y sociales sin las turbulencias desatadas en Europa por la Guerra Mundial?

Los historiadores, con nueva documentación y la apertura de los archivos soviéticos, confirman la “traición” de Lenin al gobierno de su país al negociar una paz unilateral con Alemania a cambio de detentar el poder en Rusia y proseguir su revolución. Mira Milosevich, en una reciente entrevista en *Letras libres* 193 (Gascón, 2017, 17) sostiene: “Lenin realmente es un traidor. Le financian los alemanes, acepta la paz (...) y pierde el 34% del territorio ruso porque le importa más conservar el poder de los soviets que conservar el territorio de Rusia”. Insiste acerca de su “...disposición de usar la fuerza militar y la violencia desde el primer momento” (Ibíd.) para ajustar cuentas con sus oponentes. En la guerra civil no mostró tampoco vacilaciones en este sentido.

Tras el cese de las hostilidades con Alemania, los bolcheviques creyeron controlar la situación con medidas como: el *Decreto sobre la tierra*, para contentar a los campesinos bajo promesa de conceder “la tierra a el que la trabaja”; el *Decreto sobre el reconocimiento de la autodeterminación de las nacionalidades*, que les llevará a constituir la URSS o Unión Soviética (Stalin quería agregar territorios a Rusia y Lenin federalizar) favoreciendo el desarrollo de identidades y conciencias nacionales, así como la cooficialidad de las lenguas maternas, etc. Milosevich asegura en su esclarecedor compendio, *Breve historia de la revolución rusa*, que “Lenin quiso resolver la cuestión nacional, pero, de hecho, la agravó” (Milosevich, 2017, 125). Usando como justificación el acabar con huelgas y asesinatos de dirigentes (Lenin sufrió un atentado en el verano de 1918 en Moscú) se creó en 1919 la Comisión Extraordinaria Panrusa (CHEKA/Checa) para entablar combate con “la contrarrevolución y el sabotaje”, que pronto derivó en una todopoderosa policía política para ventilar “asuntos internos”, al servicio exclusivo de la dirección del partido. Tomando

el nombre de GPU u OGPU, derivaría en la temible NKVD y, más tarde, en el KGB, con sede en un singular edificio-prisión de la Lubianka, en el centro de Moscú. Estas decisiones suponían también una profunda reorganización del Ejército Rojo y la burocracia administrativa en proceso de sovietización.

Sin embargo, al tiempo que se tomaban estas medidas no estaban previstas —en grado suficiente, al menos— las necesarias políticas económicas para ir resolviendo el problema agrario, la confusión creada en la esfera territorial, así como los temas que afectaban a los gastos para asuntos militares, de seguridad, mantenimiento de servicios, etc. Es decir, los revolucionarios carecían, de hecho, de una política económica elaborada. La improvisación presupuestaria y financiera parecía que, en estos menesteres, guiaba sus pasos.

LA GUERRA CIVIL

A partir de ese momento Rusia se dividió en dos grandes bandos y no tardó en estallar la guerra entre los rusos *blancos* (partidarios de la vuelta de los zares al poder), que contaron con el apoyo inicial de Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, y los *rojos* o *soviets* partidarios de llevar la revolución hasta sus máximas consecuencias, afianzar el nuevo régimen, encabezar la revolución mundial e implantar el socialismo en Rusia (en el antiguo imperio). El no va más. Lo que llevaron a cabo en su totalidad fue instaurar la dictadura de partido único, quedando aparcada *sine die* la revolución mundial tras su victoria en la guerra civil entre 1917 y 1922. Una contienda larga, sangrienta y devastadora; con estricta aplicación del “comunismo de guerra”. Cinco años de lucha encarnizada y empleo de tácticas y técnicas guerrilleras; los rusos blancos no pudieron impedir el triunfo de los bolcheviques dominadores de las zonas industriales, mineras y, sobre todo, del ferrocarril.

“La ráfaga revolucionaria en Berlín” (en 1919) sonó a los oídos bolcheviques, a “toque de difuntos” (Carr, 1996, 26-27) por lo que se creó a toda prisa la Comintern o III Internacional (comunista y revolucionaria), sin que por ello dejara Lenin de fustigar a la oposición de izquierdas en su partido y en el movimiento comunista internacional en su folleto, “La enfermedad infantil del *izquierdismo* en el comunismo” (Lenin, 1920). Con la Comintern en marcha y al abordaje de mayores necesidades militares se configuraron el nuevo Ejército Rojo y la estructura piramidal y antidemocrática (paradójicamente llamada “centralismo democrático”) del partido que perdió su antiguo nombre de PCR (b) para adoptar el de Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

EL RECORRIDO SOVIÉTICO A CIEN AÑOS VISTA

1917 no fue, pues, más que la “*Iskra* (chispa) –como rezaba el título de uno de los periódicos bolcheviques– que incendió la pradera”; es decir, el comienzo de un experimento sociopolítico y cultural que ha durado 70 años. 1917 puso fin al zarismo pero solo fue un punto de partida para el desarrollo del comunismo. El verdadero germen de la Rusia convertida en potencia mundial, fue la victoria bolchevique en la guerra civil rusa, lo que constituyó la segunda fase.

Luego, una tercera fase de un profundo caos; de hacinamiento en las ciudades producto de las grandes hambrunas en el campo a consecuencia de una política agraria errática que eliminó a los *kulaks* y pretendió colectivizar la agricultura, suprimiendo la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción. La Nueva Política Económica (NEP) anunciada por Lenin (1921) tampoco llegó a desarrollarse y se sucedieron las deportaciones de disidentes o simples sospechosos a campos de concentración a los lugares más desolados de Siberia. Turbulencias y miedos que se acentuaron con el nombramiento de Josif V. “Stalin” o “Koba” a la muerte de Lenin por ictus masivo (a consecuencia de infartos cerebrales), como nuevo líder. Pese a los reparos de este último, expresados en su llamado testamento acerca del dirigente georgiano, este fue elevado al cargo de Jefe supremo del Partido y por ende de la URSS en detrimento de Trostki, quien pese a sus méritos como organizador o teórico “de gran destreza literaria” (Carr, 1997, p. 99) no contaba con suficientes apoyos en el aparato partidario.

Con Stalin en el poder se generó el llamado “Gran Terror” con los procesos de Moscú en contra de los *trotskistas* (1936-1938) y las *purgas* masivas de disidentes y supuestos traidores. En 1937 fueron juzgados y ejecutados varios de los asesores soviéticos que habían estado en la guerra de España. Del transcurrir cotidiano en Moscú, la capital de las purgas estalinistas, se nos da cuenta en *Terror y utopía, Moscú en 1937*, un libro de Karl Schlögel que por los datos aportados y su forma de contarlos, mantiene en tensión al lector. En ese año, todo lo que ocurre en la guerra de España “el preludio, el campo de pruebas de la futura Segunda Guerra Mundial” (Schlögel, 2014, 164) interesa a los soviéticos: “La lucha tiene lugar a diario y ante los ojos de todos, en los mapas que publican las primeras páginas de los periódicos... (...) En meses se ingresaron en el Banco Estatal Ruso más de dos millones de rublos para España; se cantaban canciones españolas, se aprendía español, se publicaba a poetas españoles; el equipo de fútbol del País Vasco jugó varios partidos, uno en Leningrado”. En suma: “El gobierno soviético se hizo cargo de los niños españoles y de los huérfanos de guerra. Todo esto indica que la solidaridad con España

era algo más que una mera campaña (...) *era la clave cifrada para la relación con Europa y el mundo, una prueba de que la Unión Soviética no estaba sola*” (Schlögel, 2014, 167) [la cursiva es mía]. Pero existen razonables dudas de que estos fraternales gestos fueran, por parte del dictador soviético y su régimen, del todo sinceros.

No existen dudas sobre la extrema crueldad del régimen estalinista sino más bien un amplio consenso sobre ello entre historiadores y estudiosos de diversa condición: Carr, Hill, Figs, Pipes, Broué, Jackson, Kamen, Deustcher, Furet, Berlin, Payne, Service, Howson, Conquest, Wilson, Milosevich, Casanova, Schlögel, Preston, Zgustova y un largo etcétera. No falta alguna brillante excepción como la de Eric Hobsbawm: “...el historiador –según explica Tony Judt en *Sobre el olvidado siglo XX*– con más talento natural de nuestro tiempo pero, sin que nada turbara su descanso, de alguna manera ha ignorado el terror y la vergüenza de esta edad” (Judt, 2008, 132). Parece oportuno insistir en que este acuerdo puede extenderse al apoyo a la interpretación de que Stalin estafó al gobierno de la República española en su papel de suministrador de armas, tal y como demuestran, por ejemplo Howson (2000), en *Armas para España* o Radosh, Habeck y Sevostianov (2002), en *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, donde se reúne abundante material probatorio.

Existe, por otro lado, una abundante literatura con basamento histórico, que ha insistido en la magnitud de la crueldad. Así Martin Amis, escribe en su *Koba el Temible. La risa y los cuarenta millones*: “La Colectivización en cuanto que crimen contra la humanidad, eclipsa al Gran Terror, al que además potenció (...) fue peor (...) mató a cuatro millones de niños” (Amis, 2002, 130-131) y Tzvetan Todorov, quien indicó la habitual confusión del dictador entre lo étnico y lo ideológico, origen de la obsesión estaliniana por exacerbar el nacional-comunismo ruso, aporta en *La experiencia totalitaria*, una de las posibles claves de su nebuloso pensamiento: “El comunista medio [Stalin encajaba en el tipo] no es un fanático, sino un arribista (...). El motor de la vida social no es [en su caso] la fe en un ideal, sino la voluntad de poder” (Todorov, 2010, 27). Por su parte Carr (1997, 221) ya había revelado su doble faz y ambigüedad: “Stalin fue el déspota más despiadado que Rusia había conocido desde los tiempos de Pedro, y fue también un gran occidentalizador”. Y es que ser un “comunista medio” y muy cruel no excluye la complejidad que suele poseer todo ser humano.

En agosto de 1940, Stalin ordena el asesinato de Trotski, que llevó a cabo el comunista español Ramón Mercader, mientras se producía la consolidación del –llamado por Solzhenitsyn– *Archipiélago Gulag* o sistema de campos de concentración soviéticos que arrojó un trágico balance de millones de muertos, amén de millares de controversias. Sistema que utilizó básicamente el trabajo

humano esclavo para la realización de grandes obras (canal mar Blanco-mar Báltico o el ferrocarril del Norte); la explotación de minas en búsqueda de oro (Kolymá o Vaigach), o de prisioneros (Vorkuta)... Trabajo esclavo con jornadas más que agotadoras, humillaciones, hambruna, explotación y miseria inhumanas para todas/os los que, disidentes o no, campesinos, intelectuales o artistas que fueron acusados sin conocimiento de causa y, tras un largo viaje, fueron sepultados allí en vida. Esta fue durante largo tiempo, la cara oculta o el secreto a voces del sistema que más adelante sería llamado “socialismo real”.

La Segunda Guerra Mundial sirvió de inicio a una nueva etapa, la cuarta, que redujo la impopularidad de Stalin y devolvió parte de su aureola mítica a la URSS, sobre todo a partir de la decisiva batalla victoriosa de Stalingrado (1942), principio del fin del III Reich. Sin embargo, la “liberación” de la Europa oriental por el Ejército Rojo llevó al inevitable choque con los Estados Unidos de América, que desembocaría en la *Guerra Fría*, una a modo de tercera guerra mundial, encubierta. Pese a su nombre se libraron varias guerras calientes (Corea, Vietnam, Afganistán, etc.), teniendo un inusitado eco en la opinión pública mundial y en la cultura de masas a través del cine, del cómic, una balbuceante televisión, etc., y de las competitivas carreras espacial y armamentística, en las que se pugnaba por el dominio del “espacio exterior” y de los “arsenales nucleares”.

Con Kruschev, como nuevo secretario general y el XX Congreso del PCUS, se inició la fase quinta. Llegaría en 1953 la desestalinización, aunque persistiría la escalada en la Guerra Fría con la crisis de los misiles en Cuba (1962) y el mandato de Leónidas Brezhnev, para atenuarse con el de Yuri Andropov. Una nueva, pero persistentemente gerontológica nomenklatura (clase dirigente soviética) apuntaba en dirección al declive del sistema. Un declive que, no obstante, nadie supo advertir. Finalmente, el sexto y último período se produjo tras la inesperada –para soviétólogos y demás expertos– caída del Muro de Berlín en 1989. Y con él el derrumbe del sistema al poco de iniciarse las políticas de la *perestroika* (apertura) y la *glasnost* (transparencia), defendidas y aplicadas, en parte, por el último Secretario General Mijail Gorbachov. Setenta años de rebeldías y revoluciones, de heroísmos y tragedias, de grandes logros y grandes mentiras; de millones de muertos. Una guerra casi permanente –que no de revolución, como anunciara Trotski– a base de espionaje y terror (mantenidos por los Servicios Especiales o de Inteligencia: soviéticos del KGB o de la STASI de la Alemania oriental, *versus* la CIA estadounidense o el MI6 británico...), de innovaciones tecnológicas de gran alcance cuyas consecuencias globalizadas nos afectan a todos.

REFLEJOS DE LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE EN ESPAÑA

El impacto de la revolución soviética llegó a España a partir de la fracasada Huelga General Revolucionaria de agosto de 1917. La huelga, esencialmente ferroviaria, tuvo su punto neurálgico en Valencia, aunque llegó a tener alcance nacional y adquirir tintes revolucionarios con más de cien víctimas. Para muchos de los participantes fue un intento semejante al de la revolución popular rusa de febrero, con una clara orientación política democrática y antimonárquica.

Socialistas y anarcosindicalistas llevaron el peso de las movilizaciones. Los dirigentes socialistas promotores: Largo Caballero, Julián Besteiro, Andrés Saborit y Daniel Anguiano fueron condenados a “cadena perpetua”. Un año después, al ser elegidos diputados a Cortes (Anguiano lo fue por Valencia) fueron indultados y, por lo tanto, al disponer de inmunidad parlamentaria, ex-carcelados.

Daniel Anguiano, disidente del socialismo, sería uno de los fundadores del PCE surgido como escisión del PSOE. Pero en 1916, como dirigente socialista, fue encargado oficialmente de entrevistarse con Trotski durante su visita a España. La entrevista, como recuerda el dirigente ruso –que pasó en prisión la mayor parte de su periplo español– en *Mis peripecias en España*, no pudo celebrarse, pues: “Anguiano se encontraba en la cárcel por quince días, condenado por escarnio al dogma católico (...) Una bagatela, escribe. En otros tiempos (...) Anguiano hubiese sido quemado, sencillamente, en un auto de fe. Quede para los escépticos negar, después de esto, los beneficios del sistema democrático” (Trotski, 2012, 49).

Para entender el contexto, decir que Teresa Carnero señala en su prólogo a la obra de Tuñón de Lara, *Poder y sociedad en España, 1900-1931*, “una escasa penetración de la socialización política” y una “sostenida apatía (...) por participar en convocatorias electorales falseadas sistemáticamente” (Carnero, 1992, 17). Por su parte, Tuñón explica la pérdida de autoridad de las organizaciones políticas ante la intensidad de la crisis como factor clave. Crisis que reunía tres elementos básicos: “Influencia del caciquismo en el voto (...) crecimiento multitudinario de apoyo a las reivindicaciones autonómicas en Cataluña y País Vasco (...) y la guerra colonial en Marruecos” (Tuñón, 1992, 60-61).

Sin embargo, pasado el momento revolucionario de 1917, la influencia soviética se fue atenuando hasta poco antes de iniciarse la Guerra Civil española. La toma del poder por los bolcheviques en la lejana Rusia fue bien acogida por los sectores marxistas del PSOE y la UGT, y con frialdad por los sectores más moderados. Despertó el entusiasmo inicial en las filas de la CNT, para decaer con rapidez meses después. En 1919, estas organizaciones obreras se pro-

nunciaron por la incorporación a la recién creada III Internacional o Internacional Comunista (IC), pero pronto se produjo el desencanto e incluso el rechazo de sus posturas y de las soviéticas, por incompatibilidad con las culturas de las corrientes obreristas en España, la socialista y la anarcosindicalista. No sucedió así con el PCE que ya desde su nacimiento en 1921 declaró su adhesión a las consignas y directrices de la IC, entre 1917 y 1923.

Políticos e intelectuales socialistas, republicanos de izquierda, anarquistas y otros visitaron la URSS. La mayoría criticó el carácter antidemocrático de sus prácticas político-sociales. El anarcosindicalismo español permaneció más cercano al populismo inicial de la revolución rusa que al comunismo posterior. Los políticos se dividieron a la hora de acogerse o no a IC. El socialista Fernando de los Ríos en 1921, publicó, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*, donde denunciaba las posiciones antidemocráticas y totalitarias de los comunistas rusos. Daniel Anguiano, que viajó con él a la URSS, por el contrario, apoyará el ingreso en la IC, para arrepentirse más tarde, y tras la Guerra Civil española, exiliarse a México.

Será en la Guerra Civil donde se apreciará una influencia creciente de la URSS en los movimientos políticos de la izquierda, sobre todo entre los comunistas españoles (reconocidos por la IC y procedentes en su mayoría de las Juventudes Socialistas Unificadas [JSU]). Influencia que iba a continuar en la posguerra española a través de la lucha armada del maquis contra el régimen del general Franco, como muestran historiadores, memorialistas y estudiosos como: Mercedes Yusta, S. Serrano, Sánchez Agustí, Sánchez Cervelló, Á. Ruiz, Fernanda Romeu, F. Moreno, S. F. Cava, A. Domingo, J. Marco, D. Arasa, Aguado Sánchez J. A. Vidal Castaño (autor de este texto) y otros.

En el tardofranquismo y más tarde, a lo largo de la Transición, se dejará notar la influencia comunista entre organizaciones y partidos de la llamada extrema izquierda, cuyos líderes habían bebido fuentes marxistas, mejor o peor asimiladas, bajo influencia de la prestigiosa aureola de la Unión Soviética, del comunismo chino o de corrientes obreristas y anticapitalistas varias. Organizaciones y partidos solidarios con los movimientos revolucionarios del “tercer mundo” u opositores del “imperialismo yanqui”. Estas formaciones y sus propagandistas, eran en su mayoría disidentes del PCE, tales como: AC; OCEBR; MCE; PCE(m-l) y FRAP; OIC; PCOE, etc., y encontraron su caldo de cultivo a partir de 1968 y hasta la caída del régimen de Franco en 1975, en algunos casos bajo la influencia del maoísmo chino.

La influencia comunista clásica fue verdaderamente decisiva durante la guerra civil y lo fue, en las esferas, política, sindical, militar y, sobre todo, propagandística (recuérdese, por ejemplo, la influencia del “cartelismo revolucionario” soviético en pleno auge de los cánones estéticos del “realismo socialista”

o la huella dejada por los cineastas rusos). Esa influencia cultural y el nivel de aceptación de la misma, descendían al acercarnos a la vida cotidiana, costumbres y culturas del ciudadano/a corriente, es decir, a capas de población menos ilustradas. Los movimientos político-sindicales y culturales españoles pro-soviéticos al producirse, a su vez, en el contexto de guerra (la de 1936 a 1939) o de luchas sociales y políticas contra la dictadura, en contextos de precariedad y represión, no analizaron adecuadamente la evolución del régimen soviético, que a partir de 1922 (y, en particular, en el transcurso de los años 30 del siglo XX) se convirtió en una de las dictaduras totalitarias más represivas y sangrientas de todos los tiempos. La IC hizo su propio balance de la guerra civil encargado al ‘delegado en España de la Komintern entre 1937-1939’ quien escribió un extenso informe, *Las causas de la derrota de la República española*, en cerca de 300 páginas (Minev “Stepanov”, 2003).

Veamos algunos casos particulares, como ejemplos de cómo el comunismo ruso ejerció su influencia, y de cómo lo encajaron o lo sufrieron personas notables en su tiempo, estimulando adhesiones o provocando rechazos que tenían efectos político, sociales y culturales diversos.

Cabe recordar, por ejemplo, la actitud de Francisco Largo Caballero, líder de una de las fracciones más importantes del PSOE, gobernante republicano durante la Guerra Civil, exaltado por la propaganda de guerra como “el Lenin español”, cosa que le molestó profundamente puesto que sostenía que nunca aprobó los métodos soviéticos sino únicamente su determinación para luchar. Por contra, los comunistas españoles y buena parte de la intelectualidad de izquierdas, pese a dudas y contradicciones, pensaron que era necesario tomar partido, y en muchas ocasiones lo hicieron en esa dirección, empatizando o cumpliendo sin ambages, ideas y prácticas procedentes de la Unión Soviética.

No podemos dejar de lado que durante la guerra civil, la URSS, al ser la única potencia que apoyó y suministró armas (a cambio de un buen precio) al Gobierno de la Segunda República, ejerció gran influencia tanto a través del Ejército Popular como en la creación de las guerrillas, tropa irregular destinada a Servicios Especiales, con la puesta en marcha del XIV Cuerpo de guerrilleros, cuya primera escuela de mandos estuvo en Benimámet a poco más de seis kilómetros del centro de la ciudad de Valencia, según *La España del maquis 1936-1965* (Vidal Castaño, 2016, 29-37). La influencia soviética tuvo sus pilares, además de en la cultura, en la creación de escuelas de guerra y en el trabajo de los “comisarios políticos”. Su intervención estudiada ya por historiadores rusos actuales muestra aspectos si no totalmente ignorados, sí poco o escasamente conocidos en torno a los citados aspectos culturales, sanitarios y de suministros, así como el papel de asesores militares, espías y combatientes.

Los soviéticos también gozaron en la España republicana de una especie de derecho de veto para ciertos temas ideológico-culturales, como demostraron los lamentables casos de José Robles Pazos y de André Gide, ambos vinculados a Valencia. Es interesante recordar lo ocurrido en 1937 (año crucial en los procesos de Moscú contra “trotskistas y traidores”) al escritor José Robles Pazos, traductor al castellano de la obra de John Dos Passos, e intérprete de la delegación soviética, en funciones de enlace con el general Gorev.

Robles fue asesinado por orden de Alexander Orlov, agente de la NKVD, por ser sospechoso de facilitar información al enemigo. Un verdadero infundio. Un buen día “desapareció” sin dejar huella, siendo visto por última vez en el Ideal-Room, un café frecuentado por escritores y artistas en 1937, situado en la confluencia de las calles de la Paz y Comedias en Valencia, capital entonces del Estado republicano. Su desaparición trituró la amistad entre Hemingway y Dos Passos, ambos defensores de la República española, aunque el primero era claramente pro-soviético. El caso fue minuciosamente relatado tanto por Paul Preston, en *Idealistas bajo las balas* (Preston, 2007, 77-113) como por Stephen Koch en *La Ruptura* (Koch, 2005, 157-366) y novelizado con acierto por Ignacio Martínez de Pisón en *Enterrar a los muertos* (Martínez de Pisón, 2005).

El segundo caso hace referencia al desarrollo de las sesiones del Segundo Congreso de Intelectuales Antifascistas en Defensa de la Cultura celebradas en el hemiciclo del Ayuntamiento de Valencia, también en 1937. La delegación soviética vetó la presencia del escritor francés André Gide, quien en 1936 había visitado Rusia, invitado por el PCUS y, ¡oh fatalidad!, coincidió con el primero de los procesos de Moscú ya citados. El escritor publicó, *Regreso de la URSS*, libro en el que criticó abiertamente al régimen soviético y lo comparó al de Hitler (Gide, 2017). Los organizadores valencianos del Congreso tuvieron que renunciar a su presencia (formaba parte de la delegación francesa), capitulando ante esta imposición soviética. El episodio se cuenta en diversos libros sobre el citado Congreso. Por el propio André Gide, “desde dentro” en *Gente, años, vida (Memorias 1891-1967)* (Gide, 2017); por K. Schlögel con detalle, y con gracejo por Alain Minc en *Una historia política de los intelectuales* (Minc, 2012, 260-267).

Un tercer y muy notable caso, sobre el que se han escrito numerosas versiones muy difundidas (de nuevo planea sobre el asunto el agente Orlov), es el del asesinato del dirigente político del POUM, Andreu Nin, en las cercanías de Madrid, en presunta colaboración con el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) de la España republicana.

Ante la suma de complejidades expuesta, creo oportuno recordar que los historiadores, como propuso Roger Chartier en *Escuchar a los muertos con los ojos* (Chartier, 2008, 17), “deben comprender y aceptar que ya no tienen

hoy el monopolio de las representaciones del pasado. Las insurrecciones de la memoria así como las seducciones de la ficción son firmes competidoras. La situación es totalmente nueva”.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEKSIÉVICH, S. (2015): *El fin del “Homo soviéticus”*, Barcelona, Acantilado, 656 p.
- AMIS, M. (2008): *La casa de los encuentros*, Barcelona, Anagrama, 264 p.
- AMIS, M. (2004): *Koba el Temible. La risa y los veinte millones*, Barcelona, Anagrama, 328 p.
- APPLEBAUM, A. (2004): *Gulag: Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Debate, 670 p.
- ARASA, D. (2005): *Los españoles de Stalin*, Barcelona, Belacqua, 447 p.
- AVILÉS, J. (2000): “El impacto de la revolución rusa en las organizaciones obreras españolas (1917-1923)”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V. Hª Contemporánea*, 13, 17-31.
- BARNES, J. (2016): *El ruido del tiempo*, Barcelona, Anagrama, 206 p.
- BERLIN, I. (2004): *La mentalidad soviética. La cultura rusa bajo el comunismo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 380 p.
- BUBER-NEUMANN, M. (2005): *Prisionera de Stalin y Hitler*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 380 p.
- BUJARIN, N. (2007): *Como empezó todo*, Valencia, Pre-Textos, 440 p.
- CARR, E. H. (1983): *De Napoleón a Stalin y otros estudios de historia contemporánea*, Barcelona, Crítica, 328 p.
- CARR, E. H. (1996): *La revolución rusa. De Lenin a Stalin (1917-1929)*, Barcelona, Altaya, 243 p.
- CASANOVA, J. (2016): *La venganza de los siervos*, Barcelona, Crítica, 206 p.
- CEBERIO, J. (2/11/2017): “La fascinación de octubre”, *Babelia, Libros, El País*, 8-9.
- COMITÉ CENTRAL DEL PCUS (B) DE LA URSS (1976): *Historia del Partido Comunista bolchevique de la URSS* (tomos I y II), Madrid, Emiliano Escolar.
- CONQUEST, R. (1974): *El gran terror*, Barcelona, Luis de Caralt, 693 p.
- DEUSTCHER, I. (1972): *Rusia después de Stalin*, Barcelona, Martínez Roca, 173 p.
- EHRENBURG, I. (2014): *Gente, años, vida (Memorias 1991-1967)*, Barcelona, Acantilado, 2057 p.
- FERRER, S. (2017): “Las mujeres en la revolución rusa”, *Casual Magazines*, 41-51.
- FIGES, O. (2010): *La revolución rusa*, Barcelona, Edhasa, 997 p.
- FIGES, O., FUENTES, J. F., MILOSECICH, M., SEBESTYEN, V. (2017): “Revolución Rusa. La ilusión y la tragedia”, *Letras Libres*, 193, 8-22.
- FURET, F. (1996): *El pasado de una ilusión*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 583 p.

- GASCÓN, D. (2017): “Los ecos de la revolución. Entrevista a Mira Milosevich”, *Letras Libres*, 193, 16-19.
- GIDE, A. (2017): *Regreso de la URSS*, Madrid, Alianza, 184 p.
- GINZBURG, E. (2014): *El vértigo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 854 p.
- GORBACHOV, M. (1987): *Discursos y artículos selectos*, Moscú, Progreso, 639 p.
- GORBACHOV, M. (1991): *El golpe de agosto*, Barcelona, Ediciones B, 279 p.
- GRAMSCI, A. (1976): *Introducción a la filosofía de la praxis*, Barcelona, Península, 153 p.
- GRATCHEV, A. (2011): *Le mystère Gorbatchev*, Mónaco, Editions du Rocher, 377 p.
- GROSSMAN, V. (2007): *Vida y destino*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1111 p.
- HERLING-GRUDZINSKI, G. (2012): *Un mundo aparte*, Barcelona, Libros del Asteroide, 339 p.
- HILL, C. (1967/69): *La revolución rusa*, Barcelona, Ariel, 215 p.
- HOBSBAWM, E. (2001): *La era de la Revolución*, Barcelona, Crítica, 341 p.
- JUDT, T. (2008): *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Santillana, 489 p.
- KATAMIDZE, S. (2004): *KGB. Leales camaradas, asesinos implacables*, Madrid, Libsa, 224 p.
- KIZNY, T. (2004): *Gulag*, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 496 p.
- KOCH, S. (2005): *La ruptura. Hemingway, Dos Passos y el asesinato de José Robles*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 449 p.
- KOESTLER, A. (1992): *Del cero al infinito*, Barcelona, Círculo de Lectores, 299 p.
- KOWALSKY, D. (2003): *La Unión Soviética y la Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 534 p.
- KRUSCHEV, N. (1970): *Kruschev recuerda*, Madrid, Prensa Española-Santillana, 622 p.
- LE CARRE, J. (1990): *La Casa Rusia*, Barcelona, Plaza & Janés, 509 p.
- LENIN, V. I. (1975): “El Estado y la Revolución”, en V. I. Lenin. *Obras escogidas*, 2, Madrid, Akal, 293-393.
- LEWIN, M. (1970): *El último combate de Lenin*, Barcelona, Lumen, 212 p.
- LUXEMBURGO, R. (2017): *La revolución rusa*, Madrid, Akal, 80 p.
- MARX, K, y ENGELS, F. (1998): *Manifiesto comunista*, Madrid, Debate, 128 p.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, I. (2005): *Enterrar a los muertos*, Barcelona, Seix Barral, 269 p.
- MEDVEDEV, R. y MEDEVED, Z. (2005): *El Stalin desconocido*, Barcelona, Crítica, 366 p.
- MERRIDALE, C. (2017): *El tren de Lenin. Los orígenes de la revolución rusa*, Barcelona, Crítica, 349 p.
- MEYER, J. (2009): *Rusia y sus imperios*, Barcelona, Círculo de Lectores, 635 p.
- MILOSEVICH, M. (2016): *Breve historia de la revolución rusa*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 329 p.
- MILOSZ, C. (2016): *La mente cautiva*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 280 p.
- MINC, A. (2012): *Una historia política de los intelectuales*, Barcelona, Duomo, 490 p.
- MINEV, S. (2005): *Las causas de la derrota de la república española*, Madrid, Miraguano, 288 p.

- ORWELL, G. (1984): *Rebelión en la granja*, Barcelona, Destino, 48 p.
- PASTERNAK, B. (2010): *El doctor Zhivago*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 760 p.
- PIPES, R. (2002): *Historia del comunismo*, Madrid, Random House Mondadori, 222 p.
- PIPES, R. (2016): *La revolución rusa*, Barcelona, Debate, 1046 p.
- PRESTON, P. (2007): *Idealistas bajo las balas*, Barcelona, Crítica, 554 p.
- REED, J. (1977): *Diez días que estremecieron el mundo*, Madrid, Akal, 409 p.
- SABORIT, A. (2009): “Daniel Anguiano y Eduardo Torralva” en *Pablo Iglesias y su tiempo. Apuntes históricos*, Madrid, Pablo Iglesias, 534-541.
- SADOUL, J. (2016): *Cartas desde la revolución bolchevique*, Madrid, Turner, 500 p.
- SCHLÖGEL, K. (2014): *Terror y utopía. Moscú en 1937*, Barcelona, Acantilado, 999 p.
- SERVICE, R. (2000): *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 590 p.
- SHALÁMOV, V. (2007 a 2017): *Relatos de Kolimá* (6 vols.), Barcelona, Minúscula.
- SHENTALINSKI, V. (2006): *Los archivos literarios del KGB* (3 vols.), Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- SOLZHENITSYN, A. (2015): *Archipiélago Gulag*, Barcelona, Tusquets, 832 p.
- SNYDER, T. (2011): *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 620 p.
- TODOROV, T. (2016): *Insumisos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 218 p.
- TODOROV, T. (2010): *La experiencia totalitaria*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 314 p.
- TROTSKY, L. (2017): *Historia de la revolución rusa*, Madrid, Capitán Swing, 1423 p.
- TROTSKY, L. (2012): *Mis peripecias en España*, Madrid, Reino de Cordelia, 184 p.
- TUÑÓN DE LARA, M. (1992): *Poder y sociedad en España, 1900-1931*, Madrid, Espasa-Calpe, Ministerio de Educación y Ciencia, 378 p.
- VIDAL CASTAÑO, J. A. (2016): *La España del maquis (1936-1965)*, Madrid, Punto de Vista, 317 p.
- VIDAL CASTAÑO, J. A. (2004): *La memoria reprimida. Historias orales del maquis*, Valencia, Publicacions Universitat de València (PUV), 282 p.
- VV. AA. (2009): *Los rusos en la guerra de España*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, (adjunta catálogo Exposición i CD con el mismo título), 308 p.
- WILSON, E. (1972): *Hacia la estación de Finlandia. Ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia*, Madrid, Alianza, 572 p.
- ZGUSTOVA, M. (2016): *Las rosas de Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 340 p.
- ZGUSTOVA, M. (2017): *Vestidas para un baile en la nieve*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 269 p.